

MOLINAS Y PUIG,

EDITORES.

LA MUJER MÁRTIR

NOVELA DE COSTUMBRES.

ORIGINAL

— DE —

D. Juan Gonzalo de la Selva.

BARCELONA.

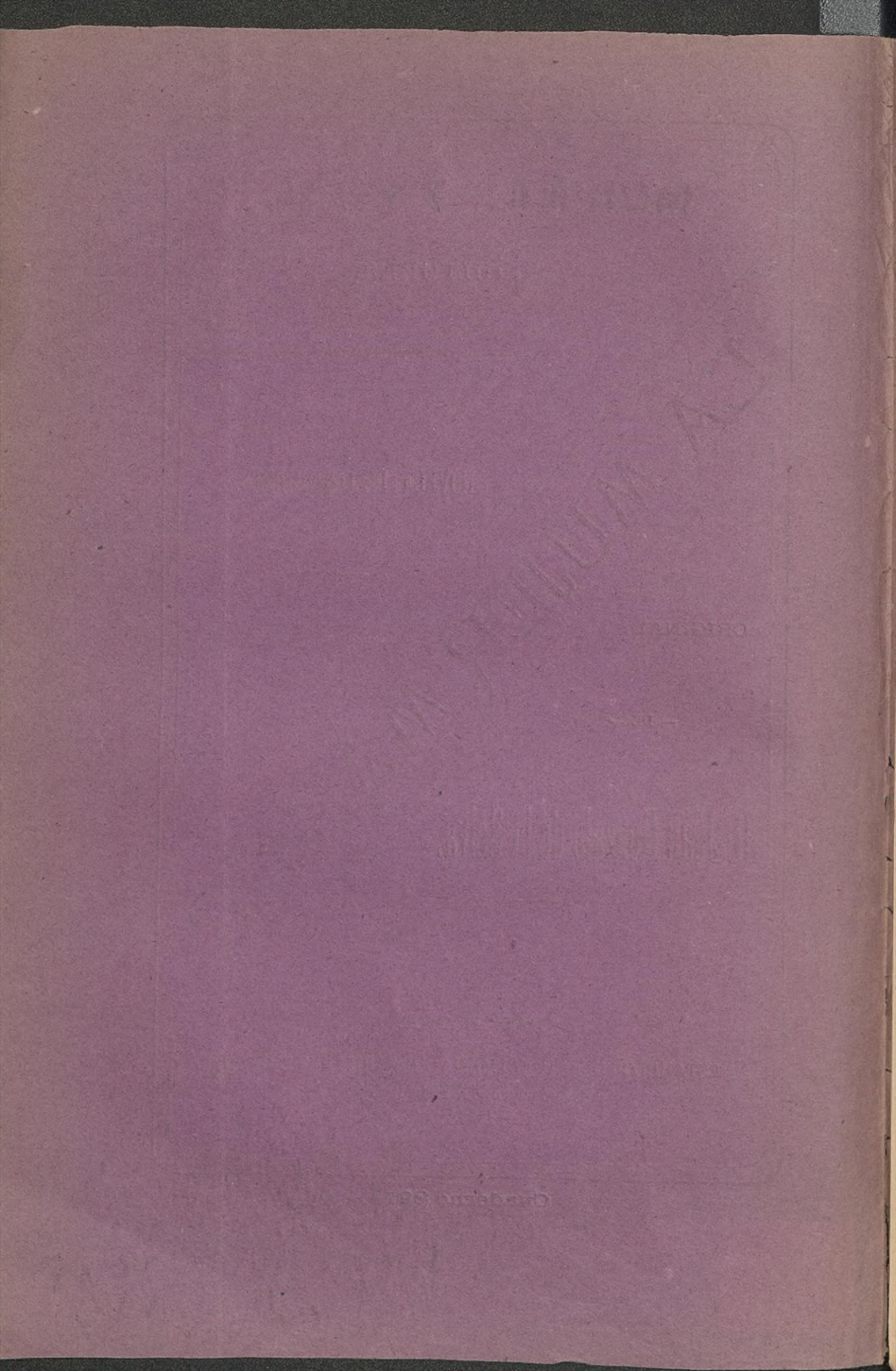
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE MOLINAS Y PUIG,

calle de Muntaner, núm. 10, Ensanche.

1877.

Cuaderno ~~20~~ 22

L47
3239



—¡Todo pasa en el mundo!

—No, Adela—exclamó Ernesto con vehemencia—nada en el mundo es capaz de extinguir la llama que arde en mi pecho, nada, ni aun la muerte.

—Mañana que estés lejos de mí.....

—Dicen que la ausencia es el mejor remedio para el mal de amor; pero eso únicamente podrán decirlo los que no han sentido jamás una pasión como la que yo por tí siento.

—Tú harás como la generalidad de los hombres.

—Para la generalidad de los hombres suele ser el amor un pasatiempo, y el tuyo es para mí una necesidad, Adela, es la vida.

—Sin embargo, se nota en tí un cambio respecto á ese viaje, que no deja de ser bastante chocante.

—En efecto, ¿á qué engañarte? pero ese cambio no es debido á nada que pueda inquietarte en lo más mínimo; antes al contrario, entra en él la cuestión de cálculo y de interés para ambos.

—¿De interés para ambos?

—Sí, Adela, ese viaje puede convenirnos en gran manera.

—En este caso lo mismo nos convenia ayer.

—Pero ayer eran muy distintas las circunstancias.

—No comprendo.

—Ayer, Adela, estábamos bastante escasos de recursos, y hoy, merced á un negocio que acabo de realizar, contamos, si no con grandes capitales, por lo ménos con lo necesario para poder llevar á cabo con algun desahogo nuestro plan.

—Es bien extraño que nada me hayas dicho hasta ahora.

—¿Cuándo nos hemos visto desde anoche?

—Por otra parte, mi marido sabe que no cuento con otros capitales que con su sueldo, y al manifestarle que yo tengo recursos suficientes para intentar lo que tú quieres, me ha de pedir estrecha cuenta de su procedencia.

—Las mujeres teneis medios de sobras para salir de esos y de mayores apuros. Por otra parte, nada más sencillo que, echándola de mujer arreglada y económica, hacerle ver que ese dinero es producto de tus ahorros, etc.; en fin, cuando se quiere, y se da con un marido como el tuyo, todo se arregla.

—No sé qué decirte.

—No hay sér más crédulo que un marido, y á quien con mayor facilidad pueda hacersele ver lo negro blanco. Todo depende de la as-

tucia y la habilidad de la mujer, y no creo que á tí te falte la una y la otra.

—Puesto que crees que tanto nos conviene, haré todos los esfuerzos que me sean posibles.

—Y por poco que te fijes, no dejarás de reconocer esa conveniencia, Adela, de la cual tal vez depende nuestra felicidad.

—Pero es preciso preparar las cosas de manera que no tengamos que lamentar despues fatales resultados.

—No veo por parte de quién.

—Por parte quizás de tu mujer.

Ernesto dejó asomar á sus labios una sonrisa sumamente significativa, y dijo:

—Mi mujer es incapaz de provocar cierta clase de conflictos, cuyos resultados no habian de ser en último extremo muy satisfactorios para ella.

—¡Quién sabe!

—Por fin, Adela, no sé á qué vienen tales aprensiones, que son verdaderas niñerías, cuando siempre te he visto dispuesta á afrontar otros mayores compromisos.

—No sé por qué tengo ciertos presentimientos.

—Completamente infundados.

—Si mal no recuerdo, he oido decir que su padre tenia muy buenas relaciones en la córte.

—Es muy cierto; pero hasta ahora no he visto que le valieran á la hija de gran cosa.

Se olvidaba en aquel momento, que todo lo que era, su nuevo ingreso en el ejército, y la graduacion que tenia, se lo debia á don Manuel Martínez de Mendoza, antiguo compañero del padre de Elvira.

—Porque quizás no le haya convenido ponerlas en juego—dijo Adela.

—Es muy posible—contestó Ernesto, con cierto menosprecio—pero lo dudo mucho.

—Eduardo ha de estar bien enterado.

—Ah! ¿es Eduardo el que te ha suministrado todos esos pormenores?—observó Ernesto con cierta incisiva ironía.

—Los primeros dias de conocernos—dijo Adela.

—Entonces no me estraña, porque yo tambien procuraria poner á mi ídolo más arriba de las nubes. Con esto quiere decir, que con

mayor motivo os conviene trasladaros allá, donde de seguro habeis de encontrar la eficaz proteccion de esas importantes relaciones.

—Eso fuera lo de ménos, pues, como dice el refran, hágase el milagro, y hágalo el diablo.

—Por último, debemos prescindir de todas esas bagatelas para ir á nuestra cuestion principal; esto habia de ser temprano ó tarde nuestra muerte, y Madrid nos puede dar la vida.

—Entonces, la eleccion no es dudosa.

—Quedamos por consiguiente.....

—Convenidos.

Ernesto Alvarez sacó en seguida unos cuantos billetes de banco, y se los entregó á su digna amante.

Adela lanzó una codiciosa mirada á aquellos billetes, y brilló en su semblante una espresion de inmensa complacencia.

Aquello fué la sancion del convenio.

CAPÍTULO XLIII.

Las circunstancias disponen del hombre.

Ernesto Alvarez, á pesar de creerse autorizado por la conducta del incomparable marqués para cometer aquella ruin accion, esto es, para escamotearle, en la forma que lo hizo, los mencionados billetes de banco, no dejaba de comprender por una parte que aquellos hechos llegarían á divulgarse entre cierta gente, recayendo en él la culpabilidad y la difamacion, por ser el más débil, y recelaba por otra parte, que el tal antagonista procuraría tomar venganza.

En su consecuencia, pensó que lo mejor seria poner tierra de por medio, aprovechando las reiteradas órdenes que en pocos dias habia recibido de su superioridad jerárquica, y desde el momento que le asaltó aquel pensamiento, determinó retirarse del centro donde tenia establecidos sus reales, para desaparecer de la noche á la mañana, y antes de que ciertas gentes pudiesen aperebirse de su partida.

Desde luego puso en conocimiento de Elvira lo que hasta entonces habia procurado ocultarle, con el fin de no llamar más su atencion sobre el interés que le llevaba á no obedecer aquellas órdenes con la prontitud que se le exigia, estrechándola para que se apresurase á disponerlo todo para emprender lo más pronto posible el viaje.

Elvira se vió como milagrosamente secundada en sus deseos, y se abstuvo de escribir al brigadier don Manuel Martinez de Mendoza ó á Adolfo Guzman de Haro, como tenia pensado.

Sin embargo, aquella repentina é inesperada manifestacion hubo de sorprenderla y de infundirla, por más de un motivo, algun recelo, y al efecto, se dispuso á estar á la expectativa de lo que pudiese afectarla á ella, despues de haber procurado recabar inútilmente de él lo que de ninguna manera acertaba á esplicarse.

Mientras tanto las heridas del marqués, y principalmente la del cuello, se le habian enconado y le impedian poder tomar ninguna de las disposiciones que iban acudiendo á su imaginacion para preparar suanhelada venganza, que se encendió más en vista las noticias que le trajeron sus instrumentos respecto al retraimiento del que era objeto de ella.

—Aunque se escondiera debajo de la tierra—exclamó al decirle su amigo que no se le habia podido ver por ninguna parte—yo habia de hacer de modo que se le encontrase.

El marqués estaba lastimosamente predispuesto, y entendió mal lo que le dijo su amigo, por lo que observó éste:

—No es que haya desaparecido por ahora, sino que no se le ha visto en ninguna parte de las que suele concurrir.

—Creí que mi dinero le habia servido para llevar á cabo algun proyecto que tuviera con su amante—dijo el marqués.

—¿Á tanto asciende lo que te escamoteó?

—Poca cosa, á unos cinco ó seis mil duros.

—Para quien tiene lo que tú posees podrá ser poca cosa, pero para la generalidad no deja de ser una cantidad bastante respetable.

—Sin embargo, lo que ménos me importa es eso.

—Para mí, pues, seria lo principal.

—Cada uno tiene su modo de ver y de apreciar las cosas.

—Efectivamente, con la diferencia de que en unos está justificado y en otros no.

—Con lo cual quieres decir, que yo me hallo en el caso de los últimos.

—En tu lugar, me parece por lo ménos, que obraria de muy distinta manera, aunque no fuese sino para evitar que se me hiciera pasto de ciertas hablillas y comentarios.

El marqués, que estaba recostado en un sofá, se incorporó de pronto, interrogando con cierta alarma:

—¿Acaso?...

—No he oído nada hasta ahora que pueda herirte de una manera sensible—se apresuró á esponer el amigo del marqués, antes de que éste tuviera tiempo de concluir la frase.

—Pero sin duda se habrá traslucido.....

—Absolutamente nada más que lo que pasó á presencia de todos, lo cual, en vista de vuestra desaparicion, ha tenido necesariamente que comentarse como he dicho antes, al gusto de cada uno de los comentadores.

—Lo que siento, es de que ciertos hechos tuvieron lugar á puerta cerrada, aunque de otra manera, no era posible que pudieran realizarse.

—Entónces es inútil que te lamente de ello.

—Por fin, lo hecho no tiene remedio; mas yo procuraré enmendarlo.

—Si tienes tiempo y ocasion.

—No me ha de faltar lo uno y lo otro.

—Yo me alegraré mucho, pero por de pronto empezamos á vernos contrariados en nuestros cálculos.

—En parte, tus amigos de confianza tuvieron la culpa, puesto que al reconocerle y ver cual era su direccion, debieron atajarle el páso, é impedirle que pudiera llegar hasta su casa.

—Mis amigos se ciñeron á las órdenes que por conducto mio habian recibido.

—Por fin, fuí un necio en ser más confiado de lo que debia.

—Esa es la verdad, y no hay más remedio ahora que conformarse.

—Conformarme con lo hecho, mas no con lo que tú pretendes.

—Yo no pretendo nada sino ceñirme estrictamente á lo que tú dispongas.

—Pues lo que yo dispongo es de que se procure no perderle de vista, á fin de ver si se le puede armar una celada.

—¿En que sentido?

—En cualquiera, con tal de conseguir el fin; no hay que reparar en los medios.

—Sin embargo, no me parece tan fácil, puesto que, como sabes, nada tiene de tonto, y su retrainimiento prueba evidentemente que está prevenido, y se ha propuesto tomar todas las precauciones posibles.

—Segun eso, yo habria desde este momento de renunciar á lo que tan justamente pretendo.

—Tú harás lo que creas más conveniente.

—Yo haré lo que es preciso que haga, lo que me exige mi amor propio ofendido, lo que reclama mi dignidad de hombre ultrajado.

—Repito lo que dije antes, estoy á tus órdenes, por más que piense de otra manera muy distinta.

—Yo he de aplastar á ese hombre, y esa mujer ha de ser mía.

—Me alegraré infinito de lo uno y de lo otro.

—Pues juro por quien soy que no has de tardar en verlo realizado.

—Interinamente procura restablecerte de esa herida que te ha dejado bastante mal parado.

—¿Y quieres aun que renuncie?....

—No quiero que renuncies, sino que lo aplices.

—Cada minuto que pasa me parece un siglo.

—Sin embargo, las circunstancias disponen del hombre, y no el hombre de las circunstancias.

El marqués lanzó un sordo rugido, comprendiendo que no tenia más remedio que doblegarse ante la imposición de esa suprema ley que encadena la voluntad de los hombres, mencionada por su amigo, y quedóse buscando en su imaginación algún medio para salir del apuro en que se encontraba.

CAPÍTULO XLIV.

Un motin en la córte.

Mientras tanto sucedia lo que se acaba de referir, el pueblo de Madrid se agitaba como un mar embravecido, y affluia en tumultuoso oleaje unas veces hácia los barrios bajos, y otras veces en direccion á las avenidas de la Puerta del Sol.

La calle de Alcalá ofrecia un aspecto imponente.

La carrera de San Geronimo iba llenándose de bote en bote.

De vez en cuando se oian algunos gritos hácia la calle de Toledo y la plazuela de Anton Martin.

Un grupo, en ademan amenazador, gesticulaba y alborotaba frente las puertas de la antigua casa de correos.

Los porteros iban cerrando las casas más distinguidas de la córte.

Algunos piquetes de caballería recorrian el Prado y las afueras de la coronada villa.

Los ordenanzas, tanto de á pié como de á caballo, iban y venian por la calle Mayor y la del Arenal.

Las guardias habian sido fuertemente reforzadas.

Se habia reunido el Ministerio.

Frente al de la Guerra se hallaban formados dos batallones, un escuadron y una batería de á lomo, que se disponian á marchar segun unos á la plazuela de la Cebada, y segun otros hácia el barrio de las Maravillas.

Todo eran corrillos, todo el mundo preguntaba, pero nadie sabia á punto fijo dar razon de lo que sucedia.

Hacia unos dias que se susurraba que habia de haber próximos trastornos.

—Ya tenemos otra—decian algunos.

—La situacion se derrumba—exclamaban otros.

—¿Qué pasa, pues?—interrogaban aquellos.

—Esto se va—decian los más.

Y los exaltados acusaban al partido reaccionario, á la par que los reaccionarios daban la culpa á los escesos y torpezas de los liberales.

¡Reaccion y libertad!

Hé ahí los dos polos de las luchas intestinas.

¡Pobre España! Ni un momento te dejan de benéfico reposo! Siempre luchando en guerra fratricida, haciendo y deshaciendo constituciones, reuniendo y disolviendo congresos, en busca siempre de un ideal, palpando algo en el vacío, corriendo desolada trás la sombra fugaz de nuevos programas políticos, buscando como quien dice el centro de la gravedad normal, y escapándosele siempre de las manos.

¡Decepciones! ¡desengaños! ¡pronunciamientos! ¡motines! ¡asonadas!.... ¡mucho revolucion en las cabezas! ¡mucho fuego en los corazones! siempre proyectos, continuos cambios, imitando con frecuencia lo malo de otros pueblos, sin acertar á imitar lo bueno!

El sol del Mediodía puede mucho en nosotros.

¡Hermoso país el nuestro! Pueblo de caballeros, cuna de hidalgos, suelo de los Guzmanes y Girones.

Bella sábana tapizada con cuarenta y nueve provincias, donde el catalan y el gallego, el andaluz y el valenciano, el asturiano y el vasco, el aragonés y el estremeño, el murciano y el castellano, bregan á porfía y en mesa revuelta y espaciosa bajo la azulada techumbre del más hermoso cielo, teniendo por inmenso respaldo la montaña pirenaica, á sus plantas el Mediterráneo, recostándose en el Atlántico, soñando en el Nuevo Mundo, al calor de las playas africanas, con un hermoso eslabon de islas, y allá, más allá de los confines del Asia, con un ar-

chipiélago salpicado por la espuma del Occéano, y acariciado por las brisas del Oriente.

Todo, todo lo tienes, infortunada patria de tantos y tantos héroes.

Tú posees las más bellas guirnaldas de flores; sabrosas y delicadas frutas pueblan tus campos y vergeles; ricos mineros se atesoran en tus entrañas; pájaros de brillantes alas se cobijan en tus arboledas, perfumadas por aromáticas plantas; los rios te bañan; los bosques te orean; te dan acogida los riscos; las riberas te guardan, y tus hijos te aman, pero te aman ¡ay! con amor turbulento; muchos de ellos te adoran con frenesí, mas al prodigarte sus abrazos, de vez en cuando te fatigan, casi te ahogan, y te hacen vivir y morir á la vez, obligándote á respirar en perpétuo vértigo.

Y tú, cual otro Fénix, renaces siempre en tus cenizas, y cuando el resto del mundo te cree agonizante, cuando la vieja Europa te contempla como una madre á su hija pródiga, entonces en medio del estertor de la agonía, empieza á rugir el leon de tus cuarteles, sacude y agita el rey de los bosques su melena, y el águila detiene su vuelo, y el leopardo te contempla atónito, y el germano se admira, y el morador del Báltico se enardece, y el que vive entre los hielos del Norte, se pasma, y el de la pintoresca Suiza se sonrie, y el que te adora en Roma y canta en Italia te llama con orgullo su hermano, y hasta el que usa turbante y ciñe antigua cimitarra se acuerda de tí, cual si aun viviera en la noche de los tiempos que fueron, ó escuchara tus melodías en las vegas de Granada y en las calles de Sevilla.

Y ese mismo pueblo es el que hervia en ansiedad la noche á que nos referimos, pareciendo pigmeo, siendo gigante, escitando compasion, mientras que ha sido y puede ser espejo de pueblos y envidia de estraños.

Si el objeto de esta novela nos lo permitiera, podríamos entrar en consideraciones políticas, y estendernos hácia regiones que nos mostrarian grandes verdades, pero verdades amargas.

Pero más vale que nos cobijemos entre los pliegues de esa noche agitada y turbulenta, rozando tan solo sus contornos dramáticos, rindiendo parias al sentimiento, y pasando como por cima de fuego al contacto de las discordias políticas.

La noche, pues, adelantaba, avanzaba la velada, tan entretenida y borrascosa en ese Madrid, donde para ciertas clases la mitad del dia se convierte en noche, por haber abusado de la noche, haciendo de ella dia.

Hay algo de terrible y fatídico momentos antes de estallar las revoluciones.

Cuando las puertas de las casas de los menos tímidos ó prudentes se cierran, cuando se oyen á lo lejos las pisadas de las patrullas, cuando suenan, aunque sea á larga distancia, algunos tiros, cuando el alarmador «quién vá» ó «el quien vive» hieren con frecuencia y en son de redoblada vigilancia nuestros oídos, cuando se repiten las carreras ó se disuelven los grupos y rueda la artillería, y los cascos de los caballos hieren las piedras, y se perciben los sordos golpes del azadon ó la piqueta, y llegan á nuestra morada las recelosas y apagadas voces de los que pasan, y se hablan en ventanas y azoteas, entonces sucede algo parecido al lejano rumor de la tempestad; el aire murmura y presagia como el anuncio de un misterio, é infunde el pavor de lo desconocido, y se siente algo del frío que parece salir del fondo de las tumbas, cual si nos encontrásemos rodeados de espectros ó asistiésemos al preludio de un suplicio, ó siguiésemos el cortejo de unos funerales.

Queremos ver en el fondo de la oscuridad, y la oscuridad se multiplica, porque nuestro cerebro la agranda, y nuestros sentimientos la bosquejan y la revisten de luto.

—Mi hijo no viene aun—dice una madre.

—¿Donde estará mi hermano!—exclama una jóven, apoyando su mano en la mejilla y dirigiendo una mirada de ansiedad al reloj que cuelga en la pared.

Y la niña de ojos azules, y la bella de ojos negros, cuentan las horas que pasaron desde que no vieron al doncel de sus amores, y les dijo con una mirada que lo dice todo:

—Hasta mañana.

Esto y mucho más pasaba en Madrid en aquella noche de ansiedad y de tormento.

Eran ya más de las doce.

Habia empezado á reinar cierto silencio.

La soledad tendía su negro manto por la coronada villa.

En ciertos puntos, sin embargo, se trabajaba como si fuera el mediodía.

En determinados barrios iban y venian ciertas gentes sospechosas. Se formaban grupos, se acercaban á ellos algunos sugetos, y entregaban al parecer alguna contraseña.

Entonces no se hablaba; se escuchaba.

El grupo se disolvía.

De pronto brillaban en la oscuridad algunas luces, pero desaparecían como por encanto.

Después de algunos instantes se veían algunos bultos que andaban con dificultad, é iban como cargados, y minutos después sonaban algunos golpes sordos en el suelo.

En ciertos intervalos, un observador de oído algo fino, hubiera percibido á regular distancia el golpear de los picos y azadones.

En el fondo aparecía después como un pequeño promontorio, y á ciertos trechos, aunque no podía distinguirse muy bien, se levantaba una como pared en imperfecta forma de reducto.

Allá en el fondo como de un abismo, al extremo de una calle angosta y negruzca, la idea se convertía momentáneamente en parapeto, mejor ó peor construido, el cual debía quedar rematado antes que asomara el primer rayo del alba.

También en muchas aberturas de las paredes de los edificios, se divisaban bastantes bultos, se conocía que en ventanas y en balcones, se hacían preparativos para la defensiva y para la retirada.

Madrid se preparaba para una jornada sangrienta.

La acompasada marcha de las tropas se oía en distintas direcciones.

No cesaban de cruzar jinetes, y la voz de alerta hendía el espacio de tarde en tarde en determinados sitios.

La noche iba adelantando, mientras que unos se preparaban contra otros para vencer ó morir á la luz del día.

Por fin empezó á clarear.

Muchos de los habitantes de Madrid no habían dormido durante aquella noche, antes bien no pocos de ellos habían trabajado á porfía, y por cierto no habían ganado el pan con el sudor de su rostro; pero en cambio habían preparado sus armas para la lucha del próximo día, según todas las probabilidades, casi inevitable.

La naturaleza empezaba á sonreír.

Madrid y quizá España entera se preparaba para llorar.

El sol enviaba ya con timidez sus primeros rayos.

Seguía el silencio.

Tan solo se entreabrían algunas puertas.

Otras, al parecer, habían de haber permanecido abiertas de par en par durante la noche.

En estas últimas había muchos soldados.

Como contraste, en los barrios bajos, calle de Toledo, puntos intermedios, y en el alto Madrid aparecían muchos adoquines levantados, y tablas y colchones en muchas aberturas de las casas.

A vista de pájaro, Madrid presentaba el aspecto de dos campamentos enemigos, próximos á lanzar sus fuerzas al combate.

CAPÍTULO XLV.

Lo de costumbre.

Después de muy entrada la noche, algún tiempo después de las doce de la pasada noche, habían sonado algunos tiros.

A aquellos tiros se había sucedido el silencio, el sordo murmullo de los trabajos de zapa.

En el momento á que alcanza nuestra narración daban en los relojes de Madrid las siete de la mañana.

Las campanadas sonaban de una manera fatídica.

Parecía que la villa del oso y del madroño pendía de un hilo de araña.

Era como una lámpara que se colgaba del techo de la casualidad, si se nos permite la frase.

Los puntos donde se vendían comestibles habían abierto del modo más ostensible las puertas.

Algunas personas, en sus respectivos barrios, se conocía que iban á proveerse, como á escape, de lo más necesario.

Algunos de los curiosos, ó de los más osados, habían observado que ciertos grupos de vecinos habían cruzado en diferentes direcciones.

Según lo más probable, serían algunas comisiones que, movidas

del mejor celo, irian seguramente á intentar algun arreglo ó á parlamentar con las autoridades constituidas.

Estas habian publicado diferentes bandos.

El Consejo de Ministros habia permanecido en sesion, y solo el de la Guerra se habia separado en ciertos intérvalos, seguramente para dictar las oportunas disposiciones, ó acudir á los sitios donde se habia indispensable su presencia.

El Capitan general estaba especialmente encargado de la direccion de las operaciones, comunicando con frecuencia con el Ministro del ramo.

A pesar de que el vecindario desconocia muchos detalles de la conspiracion y de la mal definida contra-revolucion, é ignoraba igualmente el concreto móvil ú origen de lo que acontecia, con todo, por los antecedentes y por lo que ocurría hacia algun tiempo, atendidos algunos de los decretos y órdenes que habian figurado en las columnas del diario oficial, presentia y se preparaba para hacer frente al movimiento reaccionario, que iba apoderándose de ciertos puestos de la situacion, apoyado especialmente por las primeras clases de Madrid, más importantes por su posicion é influencia oficial, que por su número y adeptos.

Se comprendia que durante las primeras horas de la noche, se habia seguramente intentado entre las fuerzas del gobierno, cierto partido intermedio y las fracciones extremas, algun medio de conciliacion ó avenencia.

El retardo en el rompimiento de hostilidades, y en especial la actitud de las tropas, que puede decirse que durante algun tiempo habian permanecido arma al brazo, justificaban esa sospecha que más tarde se confirmó, cuando habiendo triunfado el partido conocido por reaccionario, y dado treguas á los enconados ánimos, pudo ocuparse la Prensa con detencion y con mayor seguridad de los motivos que dieron origen á la perturbacion del orden público, y en definitiva, á un cambio tan funesto para el partido liberal.

Madrid, pues, como hemos dicho antes, vacilaba entre el ramo de oliva y un lago de sangre.

Sus habitantes, y quizá una parte de la guarnicion, sobre todo los soldados y no pocos oficiales, como acostumbra á suceder en tales casos, ignoraban el misterio. Solo se aprestaban á la lucha.

Y la lucha, aunque corta, sangrienta, iba á dar principio muy pronto.

El pueblo que queria batirse y las tropas que habian de cumplir con sus deberes, estaban ansiosos.

Mientras tanto todo estaba en suspenso.

El Madrid de primera hora no se agitaba como en sus dias normales.

Solo esperaba con la fiebre del que anhela ó con la rabia del que desespera.

De pronto suena un cañonazo, y no es contestado.

¡Reina el silencio!..... ¡Momentos de agonía! ¡Instantes que parecen siglos!.....

De repente se oyen algunas campanas.

Esas lenguas de metal señalan la hora, y presagian con sus toques de arrebató el reto de los ciudadanos á los soldados de la nacion.

Madrid exhala entonces como una profunda exclamacion de dolor.

Se percibe el ¡ay! lastimero de la lucha que va á empezar.

¡Suena otro cañonazo!

Se oye por fin un tercero, y tres campanas, impulsadas por el badojo del pueblo libre y por la embriaguez de la pólvora, lanzan á los aires y á la inmensidad del espacio el toque de matanza.

¿Qué mano calenturienta ó arrebatada inspiró aquellas vibraciones?

Nadie lo sabe.

Seria sin duda un hijo del pueblo, un anónimo en carne y hueso dentro de Madrid, un alma en la tierra que anunciaba la salida de muchas almas al infinito.

Momentos despues se oian disparos en diversas direcciones.

Las señales de ataque se repetian y se contestaban.

¿Quién vencia? ¿Quién era el vencido?

En ambos casos los que sucumbian eran españoles, hijos de esa noble é hidalga nacion, quizá, y sin quizá, ignorando muchos de ellos el porqué de una lucha que no contó jamás con un motivo concreto ni una causa bien definida.

La historia ha callado sobre este punto, mientras que la novela la ha presentado como una de tantas luchas más ó ménos frecuentes, que han ensangrentado el noble suelo de este país.

Dos dias con próspera y adversa suerte, tan pronto para unos como para otros, duró la reñida pelea.

Por ambas partes hubo bastante derramamiento de sangre.

Hablen los barrios bajos de Madrid; levante su voz la calle de Toledo, y algo tambien podian contarnos los alrededores del régio alcazar, si bien á respetable distancia, y guardado por fuerte cordon de tropas y por un respetable número de cañones.

Una triste experiencia ha enseñado con harta frecuencia á los españoles, cuál suele ser el resultado de semejantes combates.

El soldado que muchas veces ve á su compañero sucumbir herido por la bala salida de una ventana ó azotea, y que no puede muchas veces descubrir el cuerpo del enemigo oculto, se enfurece más y más, y aguarda con espíritu de venganza llegue su hora.

Y esa hora es el instante de la ira, de la sed de sangre, de la passion al esterminio, y del ensañamiento hasta la crueldad.

El paisano siente cierto orgullo y cierta satisfaccion de amor propio al medirse con quien viste el uniforme militar, y batiéndose en general por lo que llama, y realmente son sus ideas y convicciones, se vale de todos los medios á fin de triunfar, ó cuando ménos de producir el mayor número de bajas posible.

Parecido es lo que acontece en esas luchas, á lo que sucede entre individuos de la misma familia, pues muchas veces, mayores consideraciones y sentimientos humanitarios se guardan estraños entre sí, que aquellos por cuyas venas corre la misma sangre.

Llega más ó ménos tarde el momento de luchar por luchar; se combate por alarde, y entonces no hemos de decir lo que pasa.

Las guerras civiles no son sino una série de episodios sangrientos continuados durante cierto tiempo bajo del indicado concepto, por los hijos de la misma nacion.

No nos toca seguir describiendo lo que casi todos por sabido tenemos ya olvidado, y lástima que el recuerdo no nos horrorice con más amarga y duradera intensidad, porque entonces quizás economizaríamos nuestra sangre, y la guardaríamos para luchas mucho más gloriosas y para actos, en lo que cabe, más justificados, exigidos por causas más levantadas.

Á la mañana del tercer dia del comienzo de ese conato de revolucion, ó mejor dicho motin ó pronunciamiento, la completa retirada y derrota del paisanaje manifestó por una y mil veces, que la mayor parte de sus movimientos calificados de revolucionarios son casi siempre infructuosos cuando, como el de que se trata, no encierra una idea general dominante en la nacion en que tienen lugar, y no

obedecen á un plan preconcebido y bien estudiado, sobre todo bajo el punto de vista práctico y fecundo en resultados inmediatos y útiles.

Detallar lo que se veía por las calles de Madrid á primera hora sería tarea enojosa.

Algunos edificios deteriorados, ciertas calles con escombros hacinados.

Señales de la lucha en todas partes.

Corros comentando lo sucedido, añadiendo y quitando segun el conducto por donde se recibían las noticias.

Los hospitales con mayor contingente de enfermos.

Muchos muertos y heridos, en especial del ejército.

Muchos datos para los papeles públicos.

La *Gaceta*, y las esquinas de Madrid, anunciando la dimision del Ministerio, y el nombramiento de otro, cuyos nombres justificaban hasta la saciedad que lo que acababa de efectuarse en el poder era un cambio en sentido reaccionario.

Así lo comentaba el partido liberal.

En provincias se trató lo sucedido siguiendo la opinion de los periódicos madrileños de diferentes matices.

Al instante procedióse, como de costumbre, á la detencion de personas sospechosas, y á la presentacion para ser juzgados ante los tribunales de todos aquellos sobre quienes podia recaer mayor ó menor grado de culpabilidad en aquel conflicto.

Este proceder produjo naturalmente muchas emigraciones de personajes nada afectos á la situacion política que habia heredado el poder.

Entre aquellos personajes se contaban el brigadier don Manuel Martinez de Mendoza y Adolfo Guzman de Haro.

Este último, apenas dejarónse ver las primeras señales de alarma, habia corrido á ponerse á las órdenes de su querido brigadier, considerando que en aquellos momentos de peligro podia serle muy necesario.

CAPÍTULO XLVI.

Una escena entre cuatro individuos de cierta calaña.

Si hubiese de ser una verdad el refran que dice que no hay bien que por mal no venga, nunca se habria de haber visto tan perfectamente justificada como en la emigracion del último de los dos personajes citados en el anterior capítulo.

Adolfo Guzman de Haro, amigo por temperamento de aventuras de cierta naturaleza, tuvo el capricho á los pocos dias de su llegada á París de internarse en uno de los barrios de aquella populosa ciudad donde se agita la gente de cierta calaña, y meterse en uno de aquellos establecimientos que en nuestro idioma nacional titularíamos figones, tan admirablemente descritos en las populares obras de los distinguidos autores de Nuestra Señora, y de los Misterios de París.

Aquel establecimiento situado en uno de los barrios más estraviados de la poblacion, era una verdadera caverna de bandidos y malhechores, donde se fraguaban toda suerte de fechorias, aun las más criminales.

El local en cuestion estaba dividido en varios cuartos construidos con arreglo al objeto á que estaban destinados, y donde los singulares parroquianos podian despacharse á sus anchas, sin miedo alguno de que se les interrumpiera para nada, á no ser en el extraordinario

caso de ocurrírsele á la autoridad hecerle una visita al dueño del establecimiento, con el fin de investigar el paradero de alguno de sus insignes favorecedores, lo cual sucedia tan raras veces que podian contarse; porque entre estos últimos, el dueño del establecimiento y la autoridad existia cierta secreta inteligencia que servia como de antemural entre unos y otros.

Aquella especie de burladeros, como pudieran propiamente titularse dichos departamentos, medirian cada uno de ellos unas tres varas de ancho por cinco de largo, y además de la puerta de entrada general que comunicaba con el interior del establecimiento, tenian otra de escape que daba salida á un oscuro corredor que conducia á una calleja angosta y estraviada.

Una mesa de pino, ó para hablar con mas propiedad, un tablero toscamente labrado y colocado sobre los banquillos, en forma de mesa, y cinco ó seis malas sillas, constituir todo el ajuar de aquellos retretes de infames conciliábulos, y á veces de torpe expansion, ó de criminales fechorias.

Adolfo Guzman de Haro metióse en uno de aquellos departamentos y pidió una botella de cerveza.

Al poco rato oyó cierto alboroto en el cuarto inmediato, y las voces de tres ó cuatro individuos como que disputaran.

Como no le separaba más que un simple tabique, podia fácilmente entender la mayor parte de las palabras que se cruzaban en aquella disputa, y movido de cierta curiosidad, aplicó atento oido, procurando recojer aquellas palabras.

Es de advertir que no era el solo deseo de estudiar ciertas costumbres de aquel pueblo, lo que le movia á Adolfo Guzman de Haro á hacer semejantes escursiones, sino que mediaba en primer término la circunstancia de haber sabido algunos dias antes de tener lugar los acontecimientos que le llevaron á la emigracion, por conducto del Gato, y debido á las gestiones de la Tuerta, que Lucas Gomez y Pedro Lopez hacia tiempo que se albergaban en aquella populosa ciudad.

Entre las varias palabras vertidas por los disputantes, le habia parecido oir el nombre de uno de los que con tanto afan buscaba.

Y en efecto, no se equivocó, por cuanto á los pocos instantes volvió á pronunciarse el mismo nombre, y oyóse que uno de ellos exclamaba:

—¡Haya paz entre nosotros, señores!

—La habré—contestó otro—con tal de que se entienda la razon que me obliga á preveniros que no conteis conmigo.

—¡Cómo!—exclamó otro.

—Lo que oís—repuso el anterior interlocutor—además de los lazos de una antigua amistad, me unen á ese muchacho los vínculos del compañerismo; pues fuimos en cierta ocasion.....

—¿Y hasta ahora no te has acordado de ello?—interrogó otro con acritud, interrumpiéndole.

—No sé que hasta ahora se me dijera de quien se trataba.

—El nombre del sugeto no creo que haga la cosa.

—Para vosotros, no, mas para mí, sí, y particularmente en este caso, en el cual media, además de lo que he manifestado, un sentimiento de gratitud.

—Escrúpulos de monja—dijo desdeñosamente uno de los interlocutores.

—Escrúpulos que puedes traducir como mejor te plazca—contestó aquel á quien se dirigia la sátira—pero te advierto que no te muestres tan voluntarioso, pues pudiera ser muy bien que más tarde tuvieras que arrepentirte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el tal sugeto no es ningun manco, y podria suceder que fueras por lana y salieses trasquilado.

—¡Vive Dios! que si pretendes asustarme, te equivocas completamente.

—Te hago simplemente una advertencia.

—Pues no las he de menester.

—Sin embargo, nunca están de sobra.

—Para mí, sí, toda vez que estoy dispuesto á probarte que léjos de hacerme la menor mella, las desprecio.

—Del mismo modo que yo desprecio tu necia jactancia.

—Vamos á verlo!

—Vamos.

Y se oyó ruido como de sillas que rodaban por el suelo, y vasos y botellas que se hacian añicos, y el tumulto por fin de la reyerta.

—No creo que la cosa valga la pena de que dos buenos camaradas se agujereen el pellejo—exclamó uno de aquellos individuos.—La cuestion se reduce á que si Pietro no quiere tomar parte en el asunto, se prescinda de él; no nos hagamos el poco favor de no creernos nosotros más que suficientes para llevarlo á cabo.

—Bueno—dijo uno de los contendientes—pero media la circunstancia de que se me ha insultado particularmente.

—Y la de que, obrando con lealtad—replicó el otro—debo haceros presente de que no puedo permitir que á ese muchacho le sobrevenga la menor desgracia por parte vuestra, y estoy por lo tanto decidido á revelárselo todo.

—¿Oís? ¡vive Dios!—exclamó el anterior.

Y sucedióse otro tumulto que revelaba otro conato de agresion.

—Alto ahí!—gritó uno—pues ahora ya nos toca á todos.

Reinó un instante de silencio.

—Tú sabes mejor que nadie—añadió en seguida el último interlocutor—que lo que acabas de indicar es un abuso de confianza, que además de lo que pudiera perjudicarle á la persona que ha fiado en nosotros, habia de hacernos aparecer ante sus ojos como traidores.

—Pero tambien sé—objetó el interpelado—que si lo uno es un abuso de confianza, lo otro es una felonía enorme.

—Esto lo podias haber visto desde el primer momento—observó otro.

—Cierto.

—Sin duda.

Apoyaron otros dos.

—Pues no me ha parecido conveniente hacerlo presente hasta ahora—dijo el atacado.

—Bueno—replicó el último de los anteriores interlocutores—pero no dejarás de reconocer que nosotros, y particularmente yo, en cuya lealtad se ha confiado en esta ocasion, no podemos conformarnos buenamente con ello, en virtud de la cual ya sabes lo que te toca.

—Eso fuera bueno que yo hubiese tratado de impedir vuestra libertad de obrar.

—Pero tratas de anular nuestra accion por completo, que equivale á lo mismo.

—Cada uno lo puede apreciar á su modo.

—No se puede apreciar más que como es debido.

—Sobre eso hay mucho que hablar.

—Yo creo que muy poco.

—No pasa de ser una creencia tuya.

—Por fin, sepamos á qué atenernos.

Ya lo he dicho.

—Por consiguiente; ¿estás decidido?...

—¿Á qué tantas contemplaciones?—observó uno de los agresores —acabemos.

Y oyóse un estrépito que daba á conocer que habian por fin llegado á las vías de hecho los contendientes.

De pronto se oyó una exclamacion que espresaba el inesperado sesgo que acababa de tomar aquella sangrienta escena.

—¡Traicion!—gritó uno de los contendientes con rabia.

Y á los pocos minutos todo quedó en silencio.

CAPITULO XLVII.

Tres para tres.

Lo que habia sucedido era muy natural que sucediera, tratándose de un individuo que sabia con la clase de gente que se las habia, y en el terreno en que se encontraba.

Al ver el giro que iba tomando la cuestion, el que era objeto del ataque de los otros tres individuos reunidos en aquel burladero, como antes lo hemos titulado, se habia ido situando disimuladamente de modo que en último caso pudiese contar como un recurso de salvacion con la puerta de escape que antes se ha indicado.

Sabia que por muchas voces que diera, y por mucho estruendo que se armara, no habia de ser socorrido por nadie.

Los de la calle no podian oirle, y los de dentro de la casa tenian la costumbre de hacerse el sordo, habiendo tenido más de una ocasion la inconcebible flema, ó como quiera llamarse, de no haber comparecido hasta pasadas dos ó tres horas de pedir auxilio, para no auxiliar ya sino á un moribundo, ó encontrarse con algun cadáver.

El llamado Pietro, pues, al verse resuelta y sañosamente arremetido, dió un salto, tiró una estocada al primero que se le vino por delante, y no consiguiendo hacerle sino una leve herida, volvió á situarse de espaldas á la puerta de escape, esperando la ocasion de poder aprovecharse de aquella única ventaja.

Luego viéronse relucir los puñales de los otros dos contendientes, que hasta entonces habian permanecido en sus vainas.

Pietro era diestro, y merced á esa circunstancia, pudo hacerles frente el tiempo preciso para darle á su principal agresor la leccion que merecia.

Á los pocos instantes este último dió un grito de dolor, llevándose al propio tiempo la mano á la mejilla.

—Hice bajo—dijo Pietro.

En vez de saltarle el ojo que á su contrario le quedaba, que fué seguramente lo que se propuso, la punta de su puñal, penetró en el sitio indicado, hasta la cavidad de la boca, por la cual empezó á echar el herido sangre en abundancia.

—Siento no haber podido acabar la obra de aquel de marras—añadió Pietro en seguida.

Los otros dos lanzaron un rugido y redoblaron furiosos el ataque.

Pero Pietro se mantuvo sereno á la defensiva, hasta que consiguió abrir la puerta de escape.

Los dos agresores se tiraron á la vez á fondo.

Más sus aceros fueron á embotarse en la puerta que Pietro habia vuelto á cerrar con un moviento rápido, interponiéndola entre él y ellos.

Conseguido esto, Pietro estaba salvado.

El corredor á que daba entrada aquella puerta era tan estrecho, que no admitia dos hombres de frente, y no podian por lo tanto, atacarle sino uno en pos de otro, en cuyo caso era de presumirse que no habian de llevar ventaja alguna los agresores.

Así lo comprendieron ellos, y lejos de perseguirle, al abandonar Pietro la puerta para internarse en el corredor, se detuvieron, contentándose con dirigirle una série de amenazas y ternos, que él fué contestando con repetidos retos.

Pietro se perdió, por fin, en aquellas angostas tinieblas, y los otros acudieron á auxiliar á su compañero que en vano daba agudos quejidos, no pudiendo restañar la sangre que brotaba de su herida.

Uno de ellos salió, y volvió á los pocos instantes con otro de los de la casa, que trajo un frasco de bálsamo, trapos y vendas, y algunos momentos despues abandonaban los tres aquel recinto, jurando vengarse de la mala partida de Pietro.

Lejos estaban de imaginar que aquella no debia ser la última escena del drama.

Preocupados en su conversacion, iban á entrar en un callejon angosto y tortuoso, cuando de pronto les cerraron el paso dos embozados.

Los dos que llevaban del brazo al herido, le soltaron inmediatamente, poniéndose á la defensiva.

Uno de los embozados se adelantó, y dijo:

—Vamos á ver quienes son los guapos que quieren armarle una emboscada á Pedro Lopez.

—¡Vive Dios! que tú y ese traidor que nos ha vendido no habeis de salir tan bien librados de esta como os parece—gritó uno de los otros.

—Cierra, cierra con ellos—añadió su compañero.

El herido, que no lo estaba de gravedad, hizo un esfuerzo, y poniéndose al lado de los suyos—dijo con pronunciacion trabajosa:

—Aquí estoy yo tambien.

—La partida es igual; ¡tres para tres—exclamó un individuo que apareció como por escotillon, colocándose al lado de Pedro Lopez.

El lector ya habrá comprendido, que á todo esto, andaban listas las manos que era un prodigio.

La lucha quedó empeñada desde luego de una manera encarnizada y reñida.

Los unos y los otros atacaban y se defendian con asombrosa maestría y denuedo.

Pero la ayuda del último combatiente puso pronto á sus contrarios en grave aprieto.

Lo más particular era que ni unos ni otros sabian de donde habia salido, ni le conocian.

El herido lo fué nuevamente, y quedó fuera de combate.

Sus compañeros hicieron un esfuerzo desesperado, mas inútilmente.

Pedro Lopez y su camarada tal vez no se hubiesen mantenido del todo firmes; pero el desconocido cayó sobre ellos como un rayo, desarmando al que se atrevió á hacerle frente.

El otro se consideró naturalmente perdido, y empezó á ceder en el ataque.

—No te mato—dijo el desconocido al que acababa de desarmar—porque no soy un asesino; pero cuidado con que te muevas.

El vencido se quedó tieso como si se hubiese metamorfoseado en piedra.

En esto oyóse un grito de dolor, y vióse apoyar en la pared al otro combatiente.

Acababa de recibir una puñalada entre la tercera y cuarta costilla.

El compañero de Pedro Lopez iba á concluir con él, cuando el desconocido le gritó desviando la accion de su brazo:

—¡Detente! á un vencido se le respeta; veamos de curarle lo mejor que se pueda para que lo lleve su compañero á su casa.

Y dirigióse al que, sentado en el suelo, con el cuerpo encogido, apoyada la espalda á la pared, y apretándose la herida con ambas manos, se lamentaba dolorosamente.

Mas en aquel momento dejóse oír tropel de pasos en el extremo de la calle, y á pesar de la oscuridad de la noche, distinguiéronse los bultos de varios individuos que adelantaban hácia ellos precipitadamente.

—Una patrulla!—observó Pedro Lopez.

—Pues yo no tengo deseos de volver á verme entre cuatro lóbre-gas paredes—dijo su compañero.

—Y yo ménos.

—Que se tome esa gente el cuidado de recogerles, y sálvese cada cual por donde pueda.

—Tú, que eres sin duda el conocedor del terreno, nos has de servir de guía—observó Pedro Lopez.

—Pues hay que apretar el paso—contestó Pietro.

—Alto!—gritaron en aquel momento los de la patrulla, echando á correr en su seguimiento.

Los fugitivos se perdieron pronto por el intrincado laberinto de las calles inmediatas.

Sus perseguidores, comprendiendo que no les era posible darles alcance, pronto desistieron de perseguirles, cuidando de auxiliar á los heridos.

El que de los tres habia quedado sano, escapó con sus contrarios.



CAPÍTULO XLVIII.

Quién era el desconocido que ayudó á Pedro Lopez y á su compañero.

El que de una manera tan singular é inesperada acababa de prestar tan poderosa ayuda á Pedro Lopez y á su compañero Pietro, era Adolfo Guzman de Haro.

Esto que no dejará de causar cierta estrañeza á nuestros lectores, que necesariamente han de recordar los pasados hechos y la parte que en ellos habia tomado Pedro Lopez, tenia su explicacion en el fondo.

Si Adolfo Guzman de Haro hubiese podido tropezar con él cuando sucedió lo de la posada del tio Nelo, y aun mucho despues, de seguro le hubiese hecho purgar su infame delacion, la intervencion que habia tenido en la intriga forjada por Ernesto Alvarez, respecto á Elvira, y su complicidad en la cuestion de la herencia, perteneciente á Lucila; pero en esta ocasion le convenia acallar aquellos resentimientos y aplazar aquel odio, y obraba con arreglo á su conveniencia.

Pedro Lopez y Lúcas Gomez, eran los únicos que podian servirle para sacar á flote la cuestion de la herencia de Lucila, de la cual no habia desistido, como se ha dicho, sino que por el contrario, parecia que de dia en dia aumentara su empeño, y habiendo dado la casualidad de acertar á encontrarse en aquella ocasion, se apresuró á recurrir al medio que consideró más provechoso.

Adolfo, que desde que supo que aquellos dos individuos se hallaban en París, no había cesado un instante de hacer todo lo posible para descubrir su paradero, sin haberlo hasta entonces podido conseguir, vió, como suele decirse, el cielo abierto, al oír pronunciar el nombre de Pedro Lopez en el cuarto inmediato al en que había ido á instalarse en el consabido establecimiento, bendiciendo la suerte que allí le había traído.

Cuando comprendió que la trágica escena promovida tocaba á su desenlace, se apresuró á llamar al mozo, pagó su cerveza, y se lanzó á la calle esperando que salieran los contendientes, á fin de seguirles los pasos y procurar descubrir lo que le interesaba.

Salieron aquellos, y siguióles de manera que no pudiese llamar su atención, para poder llevar á feliz término lo que se había propuesto.

Al poco rato sucedió lo que hemos puesto ya en conocimiento de nuestros lectores, y calculando que por una parte le interesaba que no espermentase Pedro Lopez el más mínimo percance que viniera á inhabilitarle para lo que á él le convenia, y que seria el mejor modo de atraerle á su causa el acudir en su ayuda, Adolfo, que no tenia nada de cobarde, y que manejaba las armas con notable maestría, corrió decididamente á tomar la parte que se ha visto en aquella singular lucha.

Cuando fuera ya del alcance de sus perseguidores, fueron á cobijarse en otro garito guiados por Pietro, Pedro Lopez pudo fijarse en el que tan gran servicio acababa de prestarles, parecióle seguramente no serle desconocida aquella fisonomía, y en su consecuencia dijo:

—Por las pocas palabras que se han escapado de su boca en los momentos de la refriega, es usted sin duda español.

—Como dice el refran que el hábito no hace el monje, creia que me hubiese usted ya reconocido desde el primer instante—observó Adolfo.

Pedro Lopez se le quedó mirando con cierta fijeza durante algunos minutos, y luego dijo:

—En efecto no me parece serme desconocida su fisonomía de usted, pero por más que procuro recordar, no caigo en quién es, ni en dónde le he visto.

—En Elda—contestó simplemente Adolfo.

—¿En Elda?—repitió Pedro Lopez procurando hacer memoria.

—En la posada del tío Nelo—añadió Adolfo.

—¿En la posada del tío Nelo?—repitió Pedro Lopez.

—El quinquillero Miguel Avendaño, ó sea Adolfo Guzman de Haro. Pedro Lopez no fué dueño de contener un movimiento de sorpresa y asombro.

Adolfo se sonrió de cierta manera intencional, y dijo.

—Sucedan cosas en la vida por cierto muy estrañas.

—Es cierto—contestó Pedro Lopez pudiendo apenas sacarse las palabras de la boca.

Tal era la impresion que le produjo aquella declaracion del sugeto.

—¿Quién habria de decir—repuso Adolfo—que al cabo de tanto tiempo nos habíamos de encontrar aquí, y en las circunstancias que han mediado en nuestro encuentro?

—Nunca podia yo imaginar.....—balbuceó Pedro Lopez.

—Sin embargo—interrumpióle Adolfo—hacia dias que le buscaba, pues tenia noticia de que se andaban VV. por estos andurriales, y necesitaba verles.

Pedro Lopez se manifestó alarmado.

—Necesitaba verles—añadió en seguida Adolfo—para un asunto que creo pueda convenirles tanto á V. y á Lúcas Gomez como á mí.

—Despues de lo que acaba V. de hacer por mí—observó Pedro Lopez—sentiria que el justo resentimiento de lo pasado.....

—Echemos tierra sobre aquello—se apresuró á observar Adolfo antes de que su interlocutor tuviera tiempo de concluir la frase—y concretémonos á lo presente.

—Debe V. estar desde luego persuadido de que me alegraria mucho de poder serle de alguna utilidad, para probarle mi agradecimiento, y borrar, si no del todo, en parte, el mal recuerdo que hasta ahora haya conservado de mi persona.

—Puede usted prestarme un gran servicio, de consuno con Lúcas Gomez, que equivale respectivamente á la mala obra que sabe usted me hizo en otro tiempo.

—Por mi parte, repito que estoy dispuesto.

—Y creo que bien podrá usted responder de Lúcas Gomez.

—No ignora usted que nadie puede responder sino de sí mismo, y además, eso depende del asunto de que se trate.

—Ya dije antes que podia interesarles á ustedes tanto como á mí; pues además de la cuestion de conveniencia material, media la de una justa venganza particular, tanto por parte de ustedes como por la mia.

—Supongo que me será permitido saber el nombre del sugeto.

A pesar de la reserva con que ambos sostenian semejante diálogo, Adolfo se acercó á su oído, y dijo, bajando aun más la voz:

—El marqués del Peral.

Pedro Lopez hizo una gran sensacion.

Adolfo dejó asomar á sus labios una particular sonrisa, y añadió:

—Me parece que tendrá usted tantos deseos como yo en aplastar á quien sin duda tan perversamente ha obrado con usted.

Pedro Lopez se dejó llevar del impulso del concentrado odio que ardia en su pecho, y exclamó con rencoroso y ahogado acento:

—¡Oh!..... hasta hacerle añicos.

—Precisamente es lo que yo tambien deseo—añadió Adolfo.

—¿Pero ese gran canalla?.....—interrogó Pedro Lopez.

—Está en Madrid—contestó Adolfo.

—¿En Madrid?

—Con su adorable señora y su recomendable administrador.

—No ménos infames, no ménos ruines que él!—exclamó Pedro Lopez con el mayor coraje.

—No tenia antecedentes—observó Adolfo—pero ya lo presumia.

—¡Oh!.... es un misterio terrible el que existe entre esa gente.

—Tambien lo sospechaba.

—Pero hay detalles que nadie puede saberlos más que yo, y la única persona á quien me ví en la necesidad de revelárselos.

—¿Qué será indudablemente Lucas Gomez?

—El mismo.

—Pues Lucas Gomez ha obrado muy mal, esponiéndose á tener un grave disgusto.

—Me ha contado la historia á que supongo que usted se refiere, y reconociendo eso mismo, me opuse á ir á España, como él queria, al saber que estaban allá aquellos miserables.

—Sin embargo, yo me comprometo á evitarles todos cuantos compromisos pudieran allí sobrevenirles, si logramos entendernos.

—Por mí, quedamos entendidos desde ahora.

—Nos falta recabar la conformidad de Lucas Gomez.

—Con tal que él vea negocio, creo que no se separará de lo que le propongamos.

—Desde ahora respondo que lo habrá para todos.

—No obstante, debo advertir que es sumamente desconfiado, y querrá que se le dé alguna garantía.

—Se le darán cuantas sean necesarias.

—Suplico á usted que no tome á mal mis observaciones.

—Por el contrario las agradezco. ¿Y cuándo podremos verle?—
interrogó en seguida Adolfo.

—Esta noche á última hora estoy casualmente citado con él—dijo
Pedro Lopez.

—Entonces, si no tuviese usted inconveniente en que le acompa-
ñase.....

—Ninguno, pues precisamente prefiero que se entiendan ustedes
vis á vis.

—Los tres debemos entendernos.

—Ya he dicho que por mi parte estaba dispuesto desde luego.

Pietro, que hasta entonces habia permanecido sin desplegar los
labios, observó:

—Me esperan en cierta parte, señores, y si no se me necesita
para algo.....

—Te acompañaremos—dijo Pedro Lopez.

—Si es por.....

—No, tambien nos esperan en otro punto.

—Entonces vamos andando.

Y abandonaron aquel nuevo asilo de gente de mala vida.

THE HISTORY OF THE

The history of the world is a vast and complex subject, encompassing the lives and actions of countless individuals and the events that have shaped our planet. From the dawn of time to the present day, the human story is one of constant change and evolution. The early years of our species are marked by a struggle for survival in a harsh and unpredictable environment. As time passed, our ancestors developed the capacity for language and abstract thought, which allowed them to form societies and civilizations. These early societies were often small and nomadic, but they laid the foundation for the more complex and organized structures that would follow. The rise of agriculture and the domestication of animals marked a turning point in human history, as it allowed for the growth of permanent settlements and the development of specialized labor. This led to the emergence of the first great civilizations, such as Mesopotamia, Egypt, and the Indus Valley. These civilizations were characterized by their advanced systems of government, law, and religion, and they produced some of the most enduring works of art and literature. The history of the world is a testament to the resilience and ingenuity of the human spirit. It is a story of triumph and tragedy, of hope and despair, of love and loss. It is a story that continues to unfold, as we move forward into the future. The challenges we face today are new and different from those of our ancestors, but they are no less significant. We must learn from the lessons of the past and work together to create a better world for ourselves and for future generations. The history of the world is not just a record of events; it is a source of inspiration and guidance. It shows us the possibilities of human achievement and the consequences of our actions. It reminds us of our shared humanity and the need for compassion and understanding. The history of the world is a story that we all have a part in. It is a story that we must continue to write, for the sake of our future.

OBRAS EN PUBLICACION.

EL PRIMER AMOR, por *Álvaro Carrillo*. Se reparte por entregas de ocho páginas, á UN cuartillo de real una. Daremos un cuaderno semanal que contenga 64 páginas, ó sean 8 entregas, al precio de 2 rs.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

LA MUJER MÁRTIR, por *D. Juan Gonzalo de la Selva*. Se repartirá por entregas de ocho grandes páginas en cuarto, á MEDIO real cada una en toda España.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Daremos con toda exactitud un cuaderno semanal con 4 entregas, ó sean 32 páginas, á 2 rs.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

OBRAS TERMINADAS Á LAS QUE SE ADMITE SUSCRICION.

LAS MUJERES DE CORAZON, novela de costumbres, escrita por *Álvaro carrillo* y adornada con magníficas láminas debidas al lápiz de los aventajados artista D. Eusebio Planas y D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 20 cuadernos de 2 rs. cada uno.

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA, adornada con bonitas láminas sueltas del reputado artista D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 15 cuadernos de 2 rs. cada uno.

LAS RAZAS HUMANAS, por *Luis Figuier*, edicion de gran lujo, con papel glaseado, magníficas láminas sueltas, y grabados intercalados en el texto, debidos al lápiz de los primeros artistas de Europa.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 22 cuadernos de 2 rs. cada uno.